

cios a través de los que construyen el mundo, sino también una maravillosa posibilidad de encarnar el rostro, la voz, el cuerpo y los deseos de muchas mujeres mexicanas del pasado reciente que, pese a la escasa atención que la investigación histórica les brinda y a las dificultades para conocer con mayor precisión sus vidas, han dejado rastros inobjetales y sorprendentes de su presencia en la construcción de la historia de nuestro país.

LUCRECIA INFANTE VARGAS  
*Facultad de Filosofía y Letras, UNAM*

Naief Yehya. *Obras sanitarias*. México: Grijalbo, 1992.

La novela corta publicada por el escritor mexicano Naief Yehya aborda una problemática que no es ajena a los habitantes de las grandes ciudades: las molestias generadas por los trabajos de mejoramiento urbano. La anécdota de la novela es, hasta cierto punto, sencilla: de la noche a la mañana, y bajo el pretexto de modernización del sistema de drenaje, un vecindario completo no podrá utilizar más sus muebles de baño; pero esa aparente sencillez esconde una serie de complejidades que debemos analizar con detenimiento.

Con una prosa efectiva, sobria, bien escrita, Yehya nos ofrece una obra que puede erigirse como una alegoría de la vida en sociedad a finales de este caótico siglo xx, pues en ella encontramos corrupción, violencia, sexualidad sin erotismo, control social, acceso al conocimiento del mundo exclusivamente por medio de la televisión y algunas revistas, carencia de ideales que muevan a la transformación de la realidad inmediata, etcétera.

En *Obras sanitarias* observamos a un Estado totalitario en su intento por censurar lo más íntimo y necesario del cuerpo humano; se pretende tener control sobre la expulsión de aquellas sustancias que el cuerpo ya no necesita: la materia fecal y los orines. Aquí, el objetivo del Estado es que la gente se ahogue en sí misma pues ya no le interesa en lo más mínimo controlar ni la ideología ni la sexualidad de los individuos: "¡Hasta el derecho a cagar nos han quitado!" (58), grita un anciano enfurecido. Tal idea es digna de figurar en el ideario político de algún dictador latinoamericano, imagen tan recreada por algunos de nuestros escritores como Carpentier, Roa Bastos o García Márquez.

Si bien es cierto que anteriormente escritores como George Orwell –recordemos *1984*– y Franz Kafka, entre otros, habían plasmado ya el poder destructivo del Estado totalitario, la novedad –y el acierto– de Naief Yehya consiste en el tono juguetón, jocosos y casi festivo que elige para mostrarnos los excesos del poder político.

La importancia del tono radica en la agilidad –permite una fácil lectura– que proporciona a la novela, pues bajo una forma humorística se presentan situaciones límite donde la constante es el excremento:

El doctor del departamento dos culpó a la familia del siete de tirar bolsas llenas de inmundicias al patio.

–Yo los vi –gritaba el médico.

Los del siete se ofendieron y el padre de familia saltó a golpear al doctor.

–Mierda tienes en el cerebro.

Los separaron, pero en ese momento la anciana del ocho ya jaloneaba a uno de los hijos del ex diputado.

–¡Tú te orinaste en mi puerta, desgraciado!

[...]

La portera insultaba a la mujer del seis, incluso la escupió. Yo permanecí al margen de la batalla campal, ni siquiera respondí a un vecino que me insultó injustamente.

–A tí ya te he visto meando en el patio –me dijo.

Lo miré entrecerrando los ojos en muestra de indignación. Era cierto que me había visto, pero yo lo había visto a él revolcándose con la portera en la azotea, y estaba dispuesto a acusarlo con su mujer si me volvía a presionar (35-36).

Ahora bien, el distanciamiento emotivo que presenta el narrador-personaje ante las circunstancias producidas por las obras de mejoramiento del drenaje está acorde al contexto posmoderno en el que se incerta la novela, pues si el Estado se desentiende de los problemas creados por él mismo, destruye a todo al que se le opone, entonces la única salida posible, que se trasluce en la novela, es la asimilación de las incomodidades, buscar soluciones paleativas, es decir, integrarse a ese infierno y arreglárselas para defecar en cualquier parte y creer que todo está en perfecto orden.

Así, después de la detención de un anciano que protestaba por las medidas tomadas por el Ministerio de Obras Públicas, el narrador-personaje se indigna, sí, pero su reacción no va más allá de prender la televisión: “No suporté aquel lamentable espectáculo. Regresé a mi departa-

mento y encendí la televisión. Estuve viendo programas de concursos. Tiempo después me di cuenta de que el escándalo había cesado” (58).

Pero en la novela de Yehya no todo es exceso de poder, pues las relaciones personales abarcan una buena parte de la obra. En ese sentido, cabe destacar la forma lúdica en que se plantea la homosexualidad no asumida del protagonista; sus aventuras por deshacerse de un enorme consolador de plástico —el cual descubre entre la tierra de las excavaciones del drenaje y lo lleva a su departamento—; los intentos fallidos por acercarse a Birmania, personaje que fluctua entre prostituta y lesbiana, y toda la serie de referencias al ritmo metabólico y sexual del vecindario afectado por las obras de modernización del drenaje.

*Obras sanitarias* es un sátira de las sociedades de finales del siglo XX que sigue el modelo satírico cultivado por Horacio: mostrar, provocando risa, las debilidades humanas. Naief Yehya además de mostrar, en forma alegórica, los niveles a los que se ha llegado en materia de control social y corrupción, pone énfasis en la actitud de indiferencia que permea a este fin de siglo —todo esto de manera cómica—, pues lejos de enfrentar en forma directa los problemas, los personajes de la novela buscan soluciones alternativas para sobrellevar las incomodidades, pero no acaban con el problema en forma definitiva.

J. ANTONIO PACHECO MAY

*Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa*

Jorge Volpi. *El temperamento melancólico*. México: Editorial Patria, 1996.

Un abismo se abre entre la “divina melancolía” que Milton exalta en su oda *Il Penseroso* como celebración del espíritu contemplativo, y la “melancólica casa” descrita por Poe en *El derrumbe de la casa de Usher*. La verdad intuitiva y el terror, manifestaciones extremas de la cólera negra, apenas representan una ínfima fracción del ominoso abismo que Robert Burton analiza en su obra magna, *Anatomía de la melancolía*, publicada en 1621 bajo el pseudónimo de Demócrito Menor. A manera de introducción, Burton nos ofrece una suma melancólica que podemos reducir a su vez en siete epítomes fundamentales: “Nada tan dulce como la Melancolía [...]. Nada tan triste como la Melancolía [...]. Nada tan acre como la Melancolía [...]. Nada tan maldito como la Melancolía [...]. Nada tan cruel como la Melancolía [...]. Nada tan fiero como la Melan-